

Palabras con Ángel



Palabras con Ángel

Edición de ALEJANDRA SIRVENT

Índice

- 7 Prólogo
ALEJANDRA SIRVENT
- 8 Palabras con Ángel
- 11 Angelgrafía
RICARDO LABRA
- 16 Acróstico para Á. G.
MIGUEL MUNÁRRIZ
- 17 HELIOS PANDIELLA
- 18 Historia de un nudo
ALBERTO VEGA
- 20 El hombre al final de la barra
MANOLO D. ABAD
- 21 Memoria
ANTONIA ÁLVAREZ ÁLVAREZ
- 22 Nana
GEMA ÁLVAREZ ARBAS
- 23 La soledad de los obispos
FRANCISCO ÁLVAREZ VELASCO
- 24 El bosque y el paraíso
MARIANO ARIAS
- 25 Lecciones a medias
JUANJO BARRAL
- 26 Muchacha con Ángel
FERNANDO BELTRÁN
- 27 Viaje de ida (devuélveme la vuelta)
SANTIAGO BERTAULT LÓPEZ
- 28 Amor neorrealista
XOSÉ BOLADO
- 29 Áspero cuerpo
CARMEN CABEZA MARTÍNEZ
- 30 Viernes
RAÚL CASTAÑÓN DEL RÍO
- 31 Los observo reír
ALEJANDRO CÉSPEDES
- 32 Búsqueda
ALEJANDRO CUESTA FERNÁNDEZ
- 33 Eros y una botella de whisky
PEDRO ANTONIO CURTO
- 34 [...] Poco antes, [...]
CARMELO FERNÁNDEZ ALCALDE
- 35 El ángel amotinado
FERNANDO FONSECA
- 36 Marinero
CRISTINA FUENTE
- 37 Volviendo a Diotima
PELAYO FUEYO
- 38 Justas, necesarias, tardías palabras
JUAN GARCÍA CAMPAL
- 39 Nostalgia de aquel verano
JAVIER GARCÍA CELLINO
- 40 Poesía y poetas para la Serra
da Arrábida
ÁNGEL GARCÍA PRIETO
- 41 Vago por la latitud [...]
AURORA GARCÍA RIVAS
- 42 Mentidos paisajes
HERME G. DONIS

- 43 Meriendo algunas tardes
PEPE IGLESIAS
- 44 La rosa de los días
RICARDO LABRA
- 45 La golfilla
JAVIER LASHERAS
- 46 La huella indeleble
MARCELO MATAS
- 47 Soñar en tener la capacidad [...]
MARCELINO MENÉNDEZ GONZÁLEZ
- 48 La mirada del tiempo
ANTONIO MERAYO
- 49 Quédate quieto
PEPE MONTESERÍN
- 50 Tigre Juan
ARMANDO MURIAS IBIAS
- 51 Ángel González, *Gelín*
MILIO'L DEL NIDO
- 52 Viendo pasar trenes
JORGE ORDAZ
- 53 Mentiras parciales
JOSÉ ÁNGEL ORDIZ LLANEZA
- 54 Wakefield
JOSÉ LUIS PIQUERO
- 55 Si ves que me hago viejo
GUILLERMO DEL POZO
- 56 Un corazón distinto
JULIO RODRÍGUEZ
- 57 Otro tiempo vendrá
RUBÉN RODRÍGUEZ
- 58 El paseo
MIGUEL ROJO
- 59 Desesperación
NICANOR ROZADA
- 60 Paseo etílico en barco
ALEJANDRA SIRVENT
- 61 Tentempié
ANTÓN VALLE
- 62 Lo que sé de Ángel González
IGNACIO DEL VALLE
- 63 Cambios
EVA VAZ
- 64 Habló el cuerpo
ANA VEGA
- 65 Estaciones del alma
NIEVES VIESCA
- 66 Ángeles noctívagos
MANOLO VILLARROEL
- 70 Nota bio-bibliográfica
de Ángel González
- 76 La Asociación de Escritores
de Asturias

Prólogo

Ciudad de sucias tejas soleadas:
casi eres realidad, apenas nido,
sólo un rumor, un humo desprendido
de las praderas verdes y asombradas.

Luego hay hombres de vidas apretadas
a tu destino semiderruido,
y muchachas que crecen entre el ruido
cual si estuvieran entre amor sembradas...

PARA HABLAR DE ÁNGEL GONZÁLEZ, lo mejor es dejarle hablar de nuevo a él. Estos versos dan inicio a su poema *Capital de provincia* y hacen enmudecer ante el milagro de la réplica a cualquiera que tenga la más leve vinculación con la capital asturiana.

En este libro, recogemos una muestra de los autores pertenecientes a la Asociación de Escritores de Asturias que con sus creaciones han querido sumarse al reconocimiento de la figura literaria que supone Ángel González. Sin duda, algunos de los escritores que aparecen en estas páginas han elegido sus textos debido a la influencia que el autor asturiano desplegó sobre ellos. Además, hemos querido iniciar la selección con las aportaciones del grupo Luna de Abajo que tanto tuvo que ver en el conocimiento público del poeta.

Quiero agradecer a los autores que componen Luna de Abajo, a Cajastur, a la Asociación de Escritores de Asturias y a los miembros de la Junta Directiva de la misma, su colaboración en la producción de esta obra.

Desde la evocación de la persona hasta la inevitable inspiración que produce la lectura de sus poemas, pasando por la sencilla, directa y propia manifestación literaria, las palabras se ordenan en cada página como por embrujo, para acabar dejando la impresión de ser, sencillamente, palabras con Ángel.

Palabras con Ángel

Tempo es el arte: la vida en cambio or-
ta (como un cachaño) de un día al otro

De una vida que
siempre la muerte
por su parte inmensa

De una
ventana:
de un
libro.

Como

la

meja

que al

romper,

del

del



del fondo valle del invierno

de un día al otro

de un día al otro

de un día al otro

de un día al otro

Angelgrafía

Toda evocación del pasado es una fabulación, una ordenación interesada de los diversos materiales que se han ido sedimentando en las orillas del largo y, en la mayoría de los casos, sinuoso río de la experiencia. Cuando hablo de Ángel me asalta la impresión de que confundo el día de ayer con el del año pasado, que, además, es muy parecido al día de hoy (como puede comprobarse fácilmente). Los recuerdos de Ángel se me mezclan con los días sin Ángel, en una proporción confusa para la memoria. A veces tengo la sensación de estar *viviendo* unas copas por el Oviedo antiguo en su cálida compañía y de demorarme con él, sin prisa alguna en nuestros relojes, por la calle San Francisco, hasta que se apagan las últimas farolas, lo que solemos hacer con bastante frecuencia. Luego, a la hora de la despedida, me doy cuenta de mi error, de que tan sólo estaba transitando por un libro suyo, mientras —eso sí— se apagaban las últimas farolas por las calles de La Felguera. Ésta es una de las magias de la literatura, también uno de sus sobresaltos. Y es que Ángel siempre se me escapa por las esquinas del calendario, hasta que por el callejón de cualquier mes vuelve a aparecer con su sonrisa radiante y su voz de buen amigo.

Ángel González es un poeta lógico, por eso resulta tan ilógico —mejor dicho, tan peligroso— para la lógica convencional, convirtiéndose en un verdadero azote para los crédulos, a los que en más de una ocasión ha conseguido escandalizar. En el libro *50 años de periodismo a ratos y otras prosas* podemos encontrar abundantes ejemplos de este Ángel lógico. En un viaje a Utah, paraíso de los mormones, se encuentra en el aeropuerto con uno de los representantes de esta Iglesia, en misión evangelizadora: «[...] al que ahuyenté» —nos dice en su artículo— «encendiendo un cigarrillo y preguntándole por el bar (es bien sabido que para los mormones, los enemigos del alma son dos: el tabaco y el alcohol; así como para alejar a los vampiros no hay nada mejor que un diente de ajo, para mantener a distancia a los misioneros mormones la simple mención de un vaso de whisky es muchas veces igualmente eficaz)». Mas adelante, en otro capítulo de este libro, desea ver el retrato de William

Blake en la abadía de Westminster, pero los oficios vespertinos iban a comenzar y, por lo tanto, los curiosos tenían que abandonar la abadía. Ángel se resiste a salir de aquel espacio sin haber cumplido su objetivo, por lo que finge una piedad anglicana que conmueve al edecán. En medio de las liturgias, tan depuradas, y de las voces de los niños cantores, el autor de *Palabra sobre palabra* llega a la siguiente conclusión: «Ahora comprendo que por los caminos de la estética se llega a muchas partes; Juan Ramón Jiménez decía que a la ética, yo pienso que incluso al error. Es tan bella la liturgia en la abadía de Westminster que, por unos instantes, dudo. Al final, todos acaban rezando por la reina, y la incredulidad vuelve a instalarse con firmeza en mi corazón».

Muchas veces he hablado sobre la línea de continuidad que existe —en mi opinión— entre el personaje que habita los poemas de Ángel González y el propio autor, trazada por un evidente nexo autográfico (por utilizar la expresión afortunada de Carlos Barral). Al igual que en sus poemas, con Ángel González puede suceder cualquier cosa, ya que lleva su herramienta —o su magia— lógica hasta los lugares más insospechados, que son aquellos por los que más le gusta transitar. La noche con Ángel se transforma casi siempre en un enigma que hay que saber descifrar con el misterioso capote de los sentimientos y de las ideas. Sólo entonces se podrá salir de ella, más o menos indemne, por la puerta ancha del alba.

Recuerdo una noche en la que el peligro resbalaba como la sombra de un reptil por las paredes del tugurio en el que nos encontrábamos, en una calle sin nombre de Oviedo. La discusión se desató de una forma tan absurda como violenta; dos hombres pugnaban por cantar y ninguno de los dos se ponía de acuerdo, sus voces eran tan dispares como disímiles sus características físicas. Uno era grande y musculoso, el otro pequeño y avieso (o debiera decir travieso). La situación parecía irreparable; por aquellos frustrados cantores hablaban las vísceras y un viejo rencor, sin duda, acumulado durante años. El conflicto aplazado estaba a punto de pasar del insulto descarnado a la carnalidad de las manos; en el más pequeño se podía apreciar un brillo metálico que camuflaban sus dedos. Ángel se levantó ante

aquellas figuras contrapuestas y se dirigió de manera temeraria al más grandullón:

—Tiene razón este señor, dijo señalando al más pequeño. A ver, cante usted. Y volviéndose, ordenó al más grandullón:

—No se le ocurra interrumpirle.

El grandullón asintió con un gesto de sorpresa, como si le hubieran arrojado un vaso de agua helada por la espalda. El pequeño comenzó a cantar, a desplegar con orgullo el abanico de sus matices. Cuando ya iba cogiendo vuelo su canción, Ángel le cortó tajantemente.

—Ahora le toca a usted, le dijo al todavía atónito grandullón.

El pequeño no parecía muy conforme, pero escuchó sin rechistar las tonalidades de su oponente, que vibraban en el aire como un gas comprimido. Ángel nuevamente cortó al esforzado cantor cuando iba a acometer la estrofa que requería un mayor lucimiento personal.

—Y ahora, les ordenó sin dejarles otra opción, los dos a la vez.

Ángel los controlaba con el movimiento de sus manos, como el que sujeta con cuidado dos delicados cristales; poco a poco, éstas fueron adoptando una actitud más enérgica, hasta que anudó definitivamente en ellas las riendas de la situación. El peligro había sido conjurado; casi sin darse cuenta, los dos contendientes se abrazaban mansamente en torno a su Ángel conciliador, «[...] cuando voy por el sendero / hago las piedras llorar / de tanto como te quiero [...]», mientras entonaban canción tras canción. Incluso los dos rivales terminaron por alabar y reconocer las cualidades del otro. El pequeño —el avieso, travieso— antes de que abandonásemos el local, le dijo con sincera admiración a Ángel González.

—Oiga, usted es algo especial, un director de orquesta, un músico importante o algo así...

Y no andaba muy descaminado nuestro pendenciero cantor.

En realidad es lo que siempre ha hecho Ángel como autor literario, armonizar los contrarios, potenciar con ellos los matices de la expresión, dar la vuelta a las cosas mostrándolas verdaderamente como son. Y es que la lógica de Ángel jamás conduce al absurdo, aunque a veces lo parezca, sino a una finalidad muy concreta.

Un amigo me comentó que en cierta ocasión Ángel decidió alargar un poco más la noche y los invitó a desayunar en un conocido hotel de Oviedo en el que se hospedaba. El camarero, un señor orgulloso de su profesión, recibió con cierto recelo aquella horda de adoradores nocturnos, del alcohol y de otras lunas, que hacían esfuerzos por mantenerse de pie. Con desagrado observó cómo se introducían entre la ordenada hilera de sillas y de mesas que él tan primorosamente había dispuesto. Y con el mismo desagrado se acercó, con una inmaculada servilleta colgándole del antebrazo, a escuchar las demandas de aquellos inoportunos —inapropiados por las horas— clientes.

—¿Qué desean los señores?, preguntó con una voz estrictamente profesional.

—Póngame un whisky.

Ángel no pudo terminar su petición. Al camarero le brillaron los ojos con ciertos acentos triunfales. A la ocasión la pintan calva, y ésta era la suya.

—Perdone, señor —dijo con una entonación de un hombre que está curado de escándalos, pero que se escandaliza—, esta es la hora del desayuno, y no se pueden servir más que desayunos. El bar a esta hora no lo tenemos abierto.

Tras lo que adoptó cierto aire marcial para reafirmar la solidez de sus intenciones y propiciar la desbandada del gremio invasor, un tanto pintoresco y debilitado por la profusa navegación bajo las constelaciones.

Ángel acusó el golpe apenas unos segundos, acaso el tiempo suficiente para percatarse de cómo podría darle la vuelta a una realidad tan adversa. Su sonrisa de cazador de instantes afloró en sus labios.

—Está bien, desayunemos. ¿Qué tienen ustedes para desayunar? Supongo que tendrán café.

—Sí, señor, tenemos café.

—¿Todo tipo de cafés, como cabe esperar en un sitio tan distinguido como éste?

—Sí, señor, tenemos todo tipo de cafés.

El camarero comenzaba a manifestar cierto grado de impaciencia.

—Bien, pues tráigame usted un café irlandés.

—¿Un café irlandés, señor?

El camarero comenzaba a no dar crédito a lo que oía.

—Sí, como tienen todo tipo de cafés, yo quiero para desayunar un café irlandés.

—Bien, ahora se lo traigo.

—Ah, si no tiene inconveniente —el camarero observaba con horror a Ángel González—, tráigame el café en una taza y el whisky en un vaso para mezclarlo yo.

Los camareros de los grandes hoteles son ciudadanos del mundo, viajeros impenitentes de un universo de mesas; unos breves pasos les separan de distintas fronteras, de París a Lisboa, a la velocidad de una cerveza. El camarero, al que le sobran horas de vuelo, enseguida se dio cuenta de que había perdido la partida, de que un inesperado jugador —sin duda un maestro— le había dado jaque mate sobre el mismísimo tablero de su bandeja. Y no le costó trabajo reconocerlo, cualidad que tienen los buenos oponentes. Ya sin rodeos, le dijo a Ángel González:

—Dígame qué whisky desea tomar y muy gustosamente se lo traeré al señor. Como no puede ser de otro modo, invita la casa.

Un buen comienzo, sin duda, para una larga amistad.

He hablado de la noche —quizá demasiado— y de la lógica de Ángel González. A veces no sé si es viernes, casi miércoles, o si el sol de agosto me despierta en diciembre por las mañanas, mordisqueándome los tobillos; si cruzo una calle o simplemente es que doblo la esquina de una página de sus poemas; si esa música que recorre las aceras nace del hombre que canta o de la mujer que llora, o si procede de la viola o del saxo que habita en el sótano de sus renglones; si la poesía es esa mujer desnuda que agita al viento su negra cabellera o la loca que persiguen con saña los loqueros. Hasta que las farolas se apagan y el libro se cierra. Cualquier día, en un recodo del calendario nos vemos otra vez, querido Ángel. Ahora disfrutemos —carpe diem— de este momento.

Acróstico para Á. G.

Ahora sé que un papel puede cortar
Nuestros deseos como un cuchillo
Gélido, y atravesar
El corazón más impenetrable.
La tristeza de no verte puede con todo.

González, amigo,
Odio decírtelo, pero no es soportable que
No podamos hacer planes para quedar y...
Zas!, que no vuelva a sonar el teléfono.
Así es de triste esta historia, escoria,
La historia más triste que conozco, pero voy a
Emplazarte a que escribas un nuevo poema. Te dejo esta
Z para que empieces. Tú eres capaz de todo.

MIGUEL MUNÁRRIZ (Gijón, 1951)



HELIOS PANDIELLA (El Entrego, 1954)

Historia de un nudo

Con Ángel González, pensándolo mejor

Huele a café con prisa la mañana
mientras ajusta raudo
el nudo corredizo del deber.

—El hombre es racional, pues se alimenta
de raciones de olvido y esperanza,
de amor breve a destiempo, de infinito a diario.

En la radio el portavoz de un ministerio
habla de algo muy serio,
mas la canción de moda gira y le desborda.

—Nada nos salva tanto como el mágico
paréntesis o cálido refugio
o lecho compartido con la hembra

(De dos a dos baja las escaleras,
pero no de contento:
de inercia, pura inercia, puta inercia).

ALBERTO VEGA (Langreo, 1956-2006)

De *Historia de un nudo*



El hombre al final de la barra

Creo recordar porqué empecé a beber. Era una inaguantable timidez que me arrastraba detrás de un vaso. No me bastaba con los rizos sobre mi frente. No me hubiera bastado con nada. Cada vez que aquella mujer se cruzaba en mi camino, en las escaleras del instituto, en las nieblas nocturnas de aquel pub que supe luego que frecuentaba sólo por verme, un rayo paralizador me cegaba hasta anular cualquier intento por siquiera abrir la boca. Así que, como en el circuito al que nos lleva la nocturnidad, comencé por una primera. Cayó la segunda casi enganchada, sin haber disfrutado los últimos vapores de la anterior. Una tercera fue necesaria hasta que ella apareció. Un iceberg cegador se situó frente a mis ojos, sin saber interpretar si me amaba y me deseaba como yo a ella, o era sólo una fatal casualidad.

Pronto descubrí los extraños amaneceres tras una noche sin sueño. «He aquí que, tras la noche, / llegas, día. / Golpeas hoy con tu gran aldaba de luz mi pecho, / entra con todo tu espacio azul en mi corazón ensombrecido». Los cielos grises fueron cubriendo cada vez más un corazón que no dejaba de latir pero que tan sólo era capaz de escapar de su monótono son al ritmo de la música y del alcohol. Me convertí en el hombre al final de la barra. Ese al que el barman rellena la copa sin que se lo pida. Ese que cambia el disco para que la música vuelva a estremecerse. Ese que es consciente que cuando se llega al fondo ya no hay camino de retorno. El que sabe que irremediablemente ha perdido el brillo de la luz del día.

MANOLO D. ABAD (Oviedo, 1968)

Memoria

Quede siempre tu risa de naciente en nosotros,
la mirada que nunca se avivó con temblores,
y las manos enjutas que cortaron la espiga.
Queden tus firmes pasos como surcos abiertos
de un invierno que espera la semilla y la lluvia,
el calor del milagro. De tu voz quede al viento
su relieve tranquilo, su timbrada ternura.

Mientras esta memoria de la vida me asista
y los labios se vistan con amor y palabras,
guardaré los rescoldos de la ausencia que enciendes.

ANTONIA ÁLVAREZ ÁLVAREZ (Babia, León)
De *El color de las horas*

Nana

Carbón prietu, l.leite branca pal miou l.luceiru.

Al.lí vien un home andando, paré d'aceru. Tien la mirada encesa d'albores ya nueites, de remanso nas suas manos, d'esperanza ya pena.

¿Qué tien esi home de l.leyenda heredeiru de virtú vuelta a dexar en posesión a los sos fíos, alimentaos del interior de la tierra? ¿qué-y pasa a esi home de frente fruncida ya paso firme, qué-y pasa?

¡Déxame, dexaime velu! estrella no pechu, figura de nublina. Asina, de chonxe, paré que todo lo emprende, dende la sua propia vida a la sua voz terrestre.

Ma, ya sei que tien esi home de l.leyenda, que paré d'aceru, d'esperanza, de pena, de frente fruncida, de paso firme, d'estrella, de nublina, que todo lo emprende. Lo que tien esi home ia que protesta la inxusticia. Que dí lo que piensa.

Carbón prietu, pan blancu pal miou l.luceiru.

GEMA ÁLVAREZ ARBAS (Corias, Cangas del Narcea, 1966)

Torna: Natalia Fernández García (Villar d'Andralés, 1976)

La soledad de los obispos (Tríptico)

1

Junto a la catedral
apalabran las putas
transacciones carnales.

Y en un rincón en sombra,
bajo los arbotantes,
practican la coyunda.

2

En capillas guardadas
por hierros bien labrados,
los panteones conservan
los huesos de los cónyuges
de sangre azul,
ya en polvo.

Sobre sus losas frías,
genuflexos y orantes,
(o mirando yacentes
las vidrieras),
inmóviles los cuerpos,
un poco consumidos
por la lepra del tiempo.

Un perro fiel dormita debajo de sus pies.

3

Y los obispos, solos.

El bosque y el paraíso

En la inmensa memoria de los rincones de la imaginación surgen, comedidas, persistentes, ideas que el tiempo va despojando de vieja y ancestral oscuridad. Deberás recorrer los bosques de Viego, de Tomania, de Clito, las selvas tropicales, las llanuras de implacable Sol, la tundra y las islas de fuego y cenizas.

Recordarás antiguos paraísos, jardines colgantes, tierras humedecidas, animales fabulosos, ríos de oro, frutos de jugosos sabores, el tiempo sin escindir, la eternidad nombrada y sagrada, libros de iconos y palabras, el sueño de quienes dejaron la idea de paraíso, la de jardín, la de Dios en la memoria.

Tal paraíso existirá si el goce inunda tu deseo y se propone atrapar los frutos guardados en tan bella como engañosa idea —es tan breve la existencia, tan persistente la presencia del mito, la historia de leyendas, las fuentes inagotables de voces y letras.

Allí, entre los cuatro ríos bíblicos, ríos de leche y miel, se esconde el bosque, aves de plumas de vivos colores, árboles de piedras preciosas, manzanas de oro, ramas enredadas en hilos mágicos y resplandores de luz verde, ocre, amarilla, colores primitivos como el deseo de poder jamás desechado —tan anhelada es la fugaz idea de felicidad—. Y si el olor de tan bello lugar, símbolo e icono, imagen y sonido del Edén pretérito, logra emborrachar tu ojo descubrirás la palabra primera que dio nombre al sueño que estás viviendo, la primera lluvia, el primer beso, el primer olvido, el primer fruto, el primer alimento del cuerpo entregado en alma al sopor de Dios.

En la idea del paraíso de los signos no hallarás la mano de Dios, ni la del amanuense de la antigua escritura, ni la revelación divina, ni qué contiene ni preserva, hallarás, es cierto, lo que has olvidado y deseabas saber.

No hay vocabulario para definir el Paraíso.

MARIANO ARIAS (Oviedo, 1951)

De *Imagina bosque imagina* (inédito)

Lecciones a medias

Nos enseñaron la palabra
pero no cómo cogerla
para evitar quemarnos.

También nos mostraron el camino
sin indicar a partir de entonces.

Como los puntos suspensivos
de una frase.
Como la vida misma.

Muchacha con Ángel

I.

Acaba de cerrar el libro.

Palabra sobre palabra apoya
los charcos de un poema en sus rodillas
y se queda mirando lluvia adentro.

II.

Una muchacha escribe
en el autobús, busca
nuevas palabras, mira
de cuando en cuando al techo
y baja luego azul y convertida en tinta
enamorada,

junta letras
como se juntan las manos,
como se juntan los cuerpos,
como se juntan a veces, sólo a veces,
un instante cualquiera
y un segundo de magia.

III.

Abre de nuevo el libro.

Sabe que estoy detrás.

Dioses, vacíos, solos
en mitad de la noche

sabe incluso que ahora
yo soy el verso que lee,
soy casi un ángel.

FERNANDO BELTRÁN (Oviedo, 1956)

Viaje de ida (devuélveme la vuelta)

Vida mezquina
Azótala con inquina
Tómatela con morfina

Para no tener la malaria
Para no desbordar la ría
Para no tener paranoica manía

Vida regalada
No comprada
De momentos abrasada

Después de consumir
Y arder

Nada más que joder y amar
Y saber que nunca serás un distinguido Zar

Amor neorrealista

Sí,
fuisti amor pasaos los años.

Foi necesario que vinieren planos
socesivos, que llegares de contino
a la mesa de montaxe, que salieres,
contra cualquier pronósticu, cola lluz certera,
col fulgor d'una mirada inocente
que sabe fundise a la vida
na intensidá qu'aportabes al mio tiempu.

Al final, fuisti amor neorrealista,
un fundíu eficaz sobre la cinta usada.

Áspero cuerpo

Lodo caliente y femenino,
mutilado,
tronchado.
Cuerpo oprimido
por leyes estériles.
Estrangulada nieve la cintura,
senos ceñidos por férulas severas,
cercados muslos,
continuos prisioneros de acrílicos hostiles,
carne de barro
que se desprecia y castiga,
como una desgracia,
y sólo a veces estalla,
como un torrente que rompe las barreras,
recuperando el amplio cauce
de carne heterodoxa.
Lodo creciente, mestizo,
que escupe y se desborda anegando la tierra,
recobrando los surcos de su materia grávida,
retornando al origen.
Cuerpo que inunda los estrechos márgenes.
Río que rompe,
en espectacular crecida,
la angostura mezquina del cilicio...

Viernes

Al principio de mi vida, el viernes no representaba nada especial, era tan sólo otro día más, indistinto y feliz. Ni siquiera nací en viernes. En época escolar pasó a ser el principio del fin... de semana; un tiempo elástico y despreocupado, sin clases ni noción de las obligaciones que llegarían luego. De joven los viernes fueron sinónimo de liberación y recreo, de intensidades para derrochar energías en superávit y primeras soldadas. Con el paso del tiempo hubo viernes para todos los gustos: de reservarse en casa para poder ir pagándola, de lanzamiento hacia algún destino lúdico de fin de semana cuando hube terminado de pagarla, de cenas fuera de casa sin más lujo que poder volver a ella como propietario. En la madurez tuve muchos viernes de vino y rosas, familiares, tranquilos, a veces sobresaltados por algún que otro sucedido sin gran relevancia, como de andar por casa.

Ahora que me jubilo siento que verdaderamente mi vida entra en viernes, acabando ya la semana vital. Pero tantos años después vuelvo a disponer, como al principio, del fin de semana y pienso disfrutarlo. A fondo. Hasta el final de mis fuerzas.

RAÚL CASTAÑÓN DEL RÍO (Oviedo, 1969)

De *Cuadernos trompicados*

Los observo reír.
Se abrazan.
Beben.

Únicamente yo
concedo eternidad
a esas conductas.
Juventud. Para ellos
todo es aún la escoria
de los días.

En realidad no existen. Sólo valen
para hacer más robusta la certeza
de que esta soledad
se ceba en el derroche
de sus días.

La vida es la moneda
que me cubre los ojos
para pagar el tránsito al barquero.

Se me olvidó reír
y ya no abrazo.
Derrocho mis monedas en bebida
porque hoy es la nostalgia
de mis días
la herencia de la envidia y del deseo.

ALEJANDRO CÉSPEDES (Gijón, 1958)
De *Sobre andamios de humo*

Búsqueda

No te encontré anoche
bajo el frío cristal de la luna,
ni eran tus pisadas
sino signos
impresos por una tinta invisible.
Las casas
se hicieron visiones
en las eternas pesadillas
y parieron las madres azules terneros
antes de tiempo.
No hallé
tu sudor en la almohada
ni el eco de tus pasos
en la habitación;
no hubo jamás dos cepillos
en el cuarto de baño
ni una brizna de saliva
formando corona en mi cuello.
Ayer te llamé en sueños,
quizás un grito de auxilio,
pero ya no estabas,
te confundiste con las estrellas,
y con el pañuelo de siempre,
desde muy lejos,
me decías adiós.

ALEJANDRO CUESTA FERNÁNDEZ (Gijón, 1944)

Eros y una botella de whisky

El hombre acaricia sus cabellos con un gesto que parece querer hallar los pensamientos de la mujer tumbada en la cama. Contempla su cuerpo desnudo, la acaricia como si fuese otra diferente a quien acaba de amar. Un placer que es una premonición de los placeres máximos, pero que en sí mismo es un valor que se vive como último. Por eso se acerca a la botella de güisqui y bebe un trago; es un baile de la mente con el que sobrevuela a unos centímetros del suelo.

Está invadido por el placer de pertenecer a otro lugar y estar al mismo tiempo al lado de aquel lecho. Es entrar paso a paso en un tiempo sin lugar y en un lugar sin tiempo; dos círculos que se juntan para formar un paisaje. Por eso el hombre contempla el exterior por la ventana.

Observa un cielo crepuscular; el anuncio de una noche que arroja para los cuerpos al liberarlos de la claridad. Afuera hay pequeños árboles que apenas se distancian un metro de la tierra. Luego vuelve a la mesa donde está la botella y bebe, después regresa al sabor del amor.

El hombre acaricia los cabellos de su amante, los siente cansados como un musgo viejo, percibe el sabor del tiempo. Contempla a la mujer desnuda, acaricia la piel surcada de arrugas, unos surcos donde reposa su mano de pulso tembloroso. Como siempre hace, cual si fuese un ritual milenario, se sienta en la mesa y bebe, el líquido se introduce en un cuerpo asomado a la decrepitud. Va a la ventana desde la que se anuncia el crepúsculo y contempla la flora exterior. Es un bosque de árboles que no permiten ver la tierra, que empujan al cielo como una inmortalidad amenazante de la naturaleza frente a la percedera esencia humana. El hombre va a la mesa donde está la botella para después regresar al sabor del amor.

Todo sucede entre crepúsculos, porque el tiempo es un río extraño que simultáneamente baja y sube. Entre los besos de los amantes existen hendiduras donde parecen asomarse otras personas. ¿Quiénes son? Simplemente una mujer y un hombre a través de los años entregados al milenario jugo del placer.

PEDRO ANTONIO CURTO (Zumaia, Guipúzcoa, e hijo adoptivo de Gijón)

[...] Poco antes, como todas las noches, Fermín había abierto la puerta de la habitación y se había sentado en el borde de la cama. Rubén aún no se había dormido, acaso esperando una historia.

—Abuelo, ¿me cuentas una historia de policías y ladrones?

Entonces el abuelo Fermín había comenzado a contar. Cuando cuenta, mueve las manos y cierra los ojos. Su voz, como él, también es vieja.

Aún no había llegado a la mitad de la historia, cuando Rubén cerró los ojos. El abuelo Fermín advirtió que Rubén se había dormido. Entonces su vieja voz y sus manos dejaron de contar.

Su rostro, iluminado por la luz de la lámpara, estaba surcado por mil arrugas distintas. Tenía un bigote blanco, poblado de maravillosas historias, que, cuando las contaba, era como si salieran de su escondrijo y, noche a noche, huyeran por su boca.

Antes de levantarse, le dio un beso en la mejilla, entre las pecas que salpicaban su cara. Luego, haciendo un esfuerzo, se levantó, apagó la luz de la lámpara y, a oscuras y muy despacio, echó a andar.

Sin hacer ruido, abrió la puerta. Un poco de luz entró en la habitación. Y antes de salir, con la mano puesta aún en la manilla de la puerta, se volvió y echó una última mirada: en la cabeza de Rubén, que asomaba por debajo de la manta, bullían algunas historias.

Rubén soñaba [...].

CARMELO FERNÁNDEZ ALCALDE (Palencia, 1959)

De *El policía García y el caso de la extraña epidemia*

El ángel amotinado

Durante un tiempo —en otra etapa de aprendizaje y anclaje— yo me empeñaba, sistemáticamente, en atribuirle el libro *Ángel fieramente humano* a mi paisano el poeta Ángel González, seguramente arrastrado por una involuntaria e injustificada asociación de ideas y tal vez desde la premonición de mi futuro gusto por la autoficción: la literatura a partir de mí.

Mi padre jugó con Angelín el poeta (que ya entonces vestía de gris marengo, algo a la inglesa) aproximadamente en medio de una guerra o en su periferia triste. Por mi parte, yo pude jugar con las palabras angelicales (verbosidad amotinada y que viva la lírica) del poeta ya hombre, barnizadas de ironía y espontánea elegancia, ya se sabe... Casi todos mis amigos, y los otros también, trasnocharon con el poeta en la provincia de la pana y el instituto y yo traté de armonizar mi intransferible noche provinciana con la danza rutilante y beoda del Noir Cacadou, allí, en el zuriqués Cabaret Voltaire, que ni en el retrete se parecía a El Paraguas de Oviedo.

Pues bien, en el refugio de la nada dadá, el susurro microfónico de Moustaki nos informaba a los presentes que al fin *les anges sont très a la mode*. Moustaki, caramba, otro ángel amotinado.

Me gustaba el lento ceceo de la palabra en vivo de Ángel y sus chispas fieramente humanas. Como su mirar para siempre.

Marinero

Hoy cortas las amarras, marinero,
y abandonas la balsa del naufragio;
hoy vas a ser el dueño de un presagio:
pescador en el mar de un nuevo fuero.

Antaño entre las redes y el palangre
bordaste con sudor la gloria y penas
mientras el corazón guardó en las venas
el oro que palpita entre tu sangre.

Tu vida se despierta en esta orilla,
un puerto, un horizonte de aventura,
la sal donde encontrar un dulce amparo.

Timón, la botavara y buena quilla
y un rumbo de ilusión por singladura.
Vibrando está tu Luz siempre en el faro.

CRISTINA FUENTE (La Felguera, 1964)

De *Luz del alba*

Volviendo a Diotima

Voy a entregarme al mar sin argumentos,
por ti:

soy el gris-perla
desvaído de azul, que ahora choca
contra la roca —¡blanco!—, y se hace verde-
esmeralda:

palpita
con fuerza el corazón.

No estoy aquí,
ahora que estoy tan cerca del saliente
donde rompen las olas:

vuelvo el rostro
al borde del barranco: hay una piedra
que ilumina, de pronto, el horizonte,
y eres tú, que adivinas
ese aliento marino con que vengo
para hacerte mi amor sobre la hierba.

Justas, necesarias, tardías palabras

Incrédulo soy hasta de mi mismo. Mas para hacer seguido el punto, para evitarlo final e incluso vano, para justificar estas palabras, siento preciso tornar el *con* que me vincule, Ángel, en un *para* que mi gratitud te rinda. Cómo darles sino un porqué; cómo invadir tiempo y espacio si minúscula, gloriosa, posibilidad hubiese de que te fuesen a ti, Ángel, ambos sustraídos; cómo abdicar del sano, sabio egoísmo de escucharte, de admirarte, de aprehenderte y renegar del humano don que tú traerías *palabra sobre palabra*.

Zozobrado de vitales envites arribé al seguro puerto de tu *grado elemental*. Hice de tus versos norays de íntimo amarre. Y desde entonces, Ángel, ya *nada es lo mismo*.

Regalo fue conocerte *Mar adentro*, y más gozar tu humana presencia, tu natural docencia, tu vital decencia. Días en que deseándome aprendiz me hice tu asistente, tu escudero. Y allí, en una candasina y eterna brevedad de pasos lentos, te confesé mi prisión de silencio. Y aquí, ahora, aún llora mi memoria tus susurradas: *nada, nada, escribe, escribe, rómpete, rásgate el alma*. Fié mi gratitud al incierto mañana.

Cómo pues tener *contigo* estas palabras, cómo no hacer que *para* ti vayan, si *para que yo me llame* Juan, para que me siga viviendo, para que soporte *el éxito de todos los fracasos*, para que me levante cada día con *la enloquecida fuerza del desaliento* me es precisa, Ángel, tu poesía, la inquebrantable dignidad, don Ángel, de su memoria.

Nostalgia de aquel verano

Te recuerdo con el brillo del aceite de ricino en el espejo,
niña de blanda calentura espiando en las noches detrás de la puerta
con la exacta cautela de quien sabe que la vida
está hecha de abundantes secretos.

No sé bien si fuimos más felices, o si acaso
la costumbre de mirar las cosas del revés
nos hizo diferentes. O si los pocos años traicionan el corazón,
llenándolo de pájaros alegres. En todo caso, da lo mismo:
quien vive en la nostalgia, nunca muere de verdad.
Te recuerdo con esa intensidad
con que están hechas las historias al calor de la lumbre,
cuando la lluvia golpeaba inclemente en los tejados
y la voz del abuelo, con su especial sonoridad y sus jarabes de menta,
mezclaba héroes y villanos sin ningún pudor.
Después, cuando crecimos y nos hicimos menos sabios,
en las altas torres del pecho edificamos sueños de contrabando,
pero ya no era igual: tiernamente desacostumbrado,
el color de la ciudad imitaba la nostalgia
de tantas banderas desaparecidas.

Mentiría si digo que no te echo de menos,
y que me jugaría los años que me quedan
—desnudo y sin ninguna condición—
por volver a ensuciar los zapatos de charol
que me regalaste aquel cumpleaños.

Así te recuerdo, confiada, trepando montañas arriba,
cerca de aquel jardín lleno siempre de muchachas
que llegaban desde París para alegrarnos el verano.

Poesía y poetas para la Serra da Arrábida

En la península de Setúbal, la Serra da Arrábida, caliza y boscosa, cae de una manera abrupta hasta la orilla del mar, para dejar al sur calas azul turquesa, de aguas transparentes, entre madroños, lentiscos y mirtos. Por la cara septentrional, más suave, hay pueblos ricos, como Vila Nogueira de Azeitão, donde se elabora y cría el famoso moscatel de Setúbal, «um monumento de arte agrícola e uma gloria nacional», un vino generoso, de color ámbar, dulce, muy agradable y cotizado.

Son parajes también elegidos, por su clima benigno, como asentamiento de numerosas quintas. Entre las que destaca Vila Fresca de Azeitão o Quinta da Bacalhoa, renacentista, construida en los siglos xv y xvi por el virrey de las Indias, Alfonso de Albuquerque. Además del panel figurativo de azulejos más antiguo de Portugal, con escenas bíblicas, mitológicas y representativas de los grandes ríos portugueses y universales, tiene en su jardín fuentes, un estanque, setos tallados y otras preciosidades que les dan un peculiar aire árabe a los elementos de este tipo en construcciones palaciegas rurales.

Desde la parte alta del acceso a Portinho da Arrábida el paisaje es espectacular, con el Atlántico en la bahía de Setúbal, la península de Troia y el estuario del Sado. En las inmediaciones está el Convento da Arrábida, antiguo cenobio con las ermitas escalonadas en la montaña, ahora rehabilitado como sede de la Fundación Oriente, que organiza cursos y reuniones culturales como aquella donde se pudieron oír estos versos de Afonso Almondino da Silva: «Sempre que vamos ao Portinho / encontramos uma recordação / as ondas quebran devagarinho / como a melodia duma canção. / Con briza do ocaso no Portinho / sentimos que a poesia nos chama / é voz de Frei Agostinho / a falar ao Sebastião de Gama», en la presentación de un libro que recoge poemas inéditos de Frei Agostinho da Cruz, Miguel Torga, Teixeira de Pascoaes, Alexandre Herculano y sobre todo del propio Sebastião de Gama, el poeta de la Arrábida.

ÁNGEL GARCÍA PRIETO (Zamora, 1946)

Vago por la latitud de los recuerdos,
intuyo vagamente mis propios
meridianos,
pan que alimenta mis quimeras, oscuros clarines
entre las ciénagas y el sueño.

Pájaros solares en las alas
invertebradas
de la tarde, ascienden
súbitos de la garganta de las yeguas —de aquellas
que pacen diamantes en la escarcha.

Para convencerme
de que he de morir harían falta
muchas voces afinadas
y aun así, yo sola me convenzo
de que esperaré en el limbo hasta que lleguen
las vendimias del otoño.
Ahora recojo uvas verdes.

Desnuda ante el viento propongo adjetivos
idénticos para la razón y la codicia
y doy la vuelta a la clepsidra
que se quiebra entre los dedos
implacables del Ángel de la Muerte.

AURORA GARCÍA RIVAS (San Tirso de Abres, 1948)
De *La sombra del alcaudón*

En aquel cuarto oscuro
nada correspondía a la verdad del hombre [...]
FRANCISCO BRINES

Mentidos paisajes

Sueles, algunos días, entretener el tiempo con palabras
en la torpe intención de alejar la tristeza
amenazante de esas horas que caminan sin rumbo
fijo por la casa.

Son éstos días en los que simulas escribir
de cuantas cosas te dolieron de muchacha.

Pero sabes que sólo en ti retorna el olor de un falso
espliego que nunca pobló armario.

Y escribes y finges aventuras porque jamás has tenido
playas infinitas, ni rotas columnas, ni lunas jónicas
en los ojos, como no fuera en las ebrias postales
que se guardan en las locas retinas del alcohol.
Y las lágrimas te muerden las mejillas y lloran
la pérdida de un tiempo no vivido.

Sabes que nada de lo que escribes corresponde
a la verdad. Que mientes paisajes inexistentes
con todo el sentimiento que la soledad propicia.

Que finges para ahuyentar el miedo a la impotencia
de no poder hacer de la palabra un milagro
que te salve. Que te haga la vida eterna.

Y te espantas cuando el espejo con su pureza
te atraviesa y ves en tus ojos el claro engaño
que provocas en los otros.

Mas se resiste el cuerpo
a entablar una lucha inútil con el alma.

Y finges de nuevo.

Y piensas, con cansado cinismo,
que en este cuarto oscuro
nada corresponde a la verdad del hombre.

HERME G. DONIS (Valladolid, 1951)

De Mientras el tiempo pasa

Meriendo algunas tardes

Cojo por los pelos este poema de Ángel González para preguntarme cómo un poeta asturiano, amante de la vida y de reseñar tantos aspectos cotidianos de ella, un hombre que pasó las hambrunas de la guerra y posguerra española, no le ha dedicado ni un simple soneto a la comida, a nuestra cocina asturiana, orgullo de todos los aquí moramos..., menos Fernando Alonso, claro.

No tuve el honor de conocerle, pero me hubiera gustado preguntárselo, o al menos explicarle que no solo de sexo vive el hombre, y menos si es asturiano.

Aunque suene frívolo, la comida ha sido, después del amor y el desencanto, una de las grandes fuentes de inspiración de los poetas españoles, sin duda por el hambre que pasaban y que a duras penas saciaban componiendo deliciosos sonetos, imaginándose en el país de Jauja, como hiciera Bruegel en su miseria.

Gracias a la poesía sabemos qué comían, o mejor dicho, qué no comían, los españoles del esplendoroso Siglo de Oro, cenit de nuestro imperio, aunque en realidad, para el pueblo, fuese el siglo del hambre y la ignominia.

Como me gustaría encontrar versos como «Inventario de lugares propicios al amor», pero dedicado a los chigres de Oviedo de los años cincuenta, quizás «Inventario de lugares propicios para el arroz con leche». O sencillamente esta merienda, pero en la que, en vez de comer acantilados, bañistas, nubes o sombras, hubiera hecho lo propio con boronas, frixuelos y marañuelas.

Es una pena, pero Ángel González se fue sin invitarnos a comer.

La rosa de los días

No seas cruel, no me preguntes
desde la ligereza de tus años
sobre cuál es la mejor edad
de la vida para sentirse vivo,
para acariciar con el tobillo
el lejano horizonte de los sueños.
Yo, todavía, obstinado cazador
de lunas amarillas, espero
la llegada cálida
de una noche perfecta

—quizá la encuentre en el oscuro
firmamento de tus ojos—

que no pueda desmentir el alba.

La golfilla

(*Le Gamine*, Nueva York, 2003)

Entre Houston y Sullivan existe un lugar
donde el hombre encuentra refugio
para calmar el ánimo de la fatiga,
donde colgar

su nombre

y su sombrero.

Se concede un tiempo para el milagro,
abre los ojos al color y la magia
de las delicadas muchachas orientales
que dibujan sus labios frente al espejo
y luego, mimosas, se acompañan
en la barra junto a hombres tatuados
con promesas de mujeres imposibles,
agolpados como en un almacén
de antiguos objetos perdidos.

Pide una copa que acoge entre sus manos,
batiendo sus dedos al compás del contrabajo,
oyendo el swing de la guitarra y la voz abrigada
de esa mujer que se gusta cuando advierte
que la mira y la va quemando con sus ojos
dormidos sobre el escote de su camisa.

Esta pasión tiene mucha noche dentro
y la noche lleva dentro mucha muerte.
Por eso esta noche el hombre volverá a la casa
porque en ella hay música y amor todas las noches.

JAVIER LASHERAS (Don Benito, Badajoz, 1963)

De *Fundición*

La huella indeleble

Matar
es a veces tan justo
como profanar la tumba de un arqueólogo.

Introduzco el cuchillo, como un marcador de lectura, en la primera página del libro y me dirijo al fondo del bar. Él no se extraña de que le haya seguido. No tiene intención de huir, tan solo la necesidad de esperarme.

—Perdone, ¿es usted Andrés Gómez, el poeta? —pregunto mientras le robo su mano derecha. La noto firme y huesuda, pero debajo de la piel siento correr, junto al calor de su propia sangre, el torrente ya apaciguado de la historia que le ha tocado vivir, el indeleble reguero de huellas inmóviles que han ido dejando todas las manos —de otros escritores, de artistas, de hombres y mujeres como él, testigos del siglo—, y que en ese breve contacto, en ese segundo eterno, yo también, a través de su mano, estrecho.

Pero en el último momento esa emoción no me hace dudar, no me desvía de lo que no es más que el designio al que irremediamente nos aboca un imprevisto de la vida, un azar tal vez justo y necesario. Él no me contesta, no aprieta su mano, que deja libre, independiente de la voluntad de su mirada. Abro el libro por la primera página, donde está el título y debajo su nombre que aparece limpio, pero inmediatamente, nada más soltar su mano estrechada, lo subraya una gruesa línea roja, un líquido espeso, casi negro cuando empapa el papel, que lo absorbe para siempre en esa última rúbrica que traspasa todas las hojas de sus obras y que nunca borrará otra sangre, de ninguna otra vida.

MARCELO MATAS (Béjar, 1962)
De *La huella indeleble*

Soñar en tener la capacidad
de escribir palabras que llenaran
esa zona indeterminada e intangible
entre el lector y el poema,
buscando su conjunción
y su más plena comunión con la
delicadeza y la emotividad.

Y como si las palabras escritas y leídas
se pudieran levantar de la página
para penetrar en la mente,
y si habiendo podido conseguir ese fin
no tienen la capacidad de decir nada,
no permanecer ni un momento
y regresar al libro, para ahí envejecer
en lo infinito del silencio hasta ser
borradas por el paso del tiempo.

La mirada del tiempo

(Fragmentos)

El otoño deshoja tus poemas. Te preguntas qué hacemos emborronando el tiempo sin música posible. Llega un circo de enigmas a divertir la noche, falla el contorsionista, ¿crees en la primavera?

Sobre la playa de los días, los restos provocados por arrecifes negros. Observas los paisajes mutilados donde los pájaros se apagan sin conocer después del vuelo alguna rama sin espinas.

Esta lluvia te ablanda los cimientos. Se resquebraja tu estatura. Las heladas impiden que los pájaros sostengan la esperanza de los frutos. La primavera apenas cabe en las palabras.

Desde los miradores del insomnio ves una luna rota horadando la noche. Buscas una salida a las redadas del vacío y descortezas la apariencia con el hacha afilada en una piedra de inquietud.

Parece que la vida perdiera sus colores y la ceniza precediese al fuego. Algunos árboles se rinden. Sueñan el aire pájaros sin alas. En un tiempo sin ojos abre los ojos la mujer del cuadro y sólo lo pintado parece realidad.

¿Cómo encontrar la llave del asombro para reabrir las puertas de la infancia? ¿Cómo romper la jaula donde se nubla el ave de los sueños? ¿Cómo llegar a ser un mensajero de la altura si apenas llega luz al corazón?

ANTONIO MERAYO (Corullón, León, 1949)

Quédate quieto

Mucho me llamó la atención, hace años, este poema de Ángel; tan a cuento venía además con el asunto de fondo de una novela mía, *Mañana perdí los nervios*, que lo elegí como cita inicial:

Deja para mañana
lo que podrías haber hecho hoy
(y comenzaste ayer sin saber cómo).

Y que mañana sea mañana siempre;

que la pereza deje inacabado
lo destinado a ser precedero;
que no intervenga el tiempo,
que no tenga materia en que ensañarse.

Evita que mañana te deshaga
todo lo que tú mismo
pudiste no haber hecho ayer.

Ahora se presenta una nueva oportunidad de homenajear a este poeta admirable, lo que me falta son ganas de trabajar. ¿Cómo conjugar mi fascinación con mi vagancia? Además, ¿conviene darle al tiempo la oportunidad de que se ensañe con mi penuria, seguramente eventual? ¿Podría hacerme un sitio en blanco? ¿Se fiarían de mí los organizadores si estas líneas que comencé ayer, sin saber muy bien cómo, las continuara mañana?

Tigre Juan

Aún no amanece.

O por lo menos desde aquí no lo advierto.

Poco después vendrá la luz
ambarina, pegajosa, desnuda.

Afuera azuzará el frío, quizá orbaye.

Es probable que el día esté cubierto
por la ceniza de las chimeneas,
barrido por las sotanas de los curas,
por las faldas de las criadas,
por la sonrisa helada de un trasnochador.

Y nosotros aquí, agazapados, hundidos.

Envueltos por el membrana amniótica del seno materno,
siempre cálido.

Asfixiados por el humo.

Tú, en el anillo del albero,
con la osadía de un mugido en la boca,
siempre anhelante.

Yo, en el burladero,
con el capote en la mano,
siempre solícito.

En medio, en tierra de nadie,
el primer rayo y la última bocanada
de tabaco. Y aún un deseo en los labios,
y una conquista en las manos.

ARMANDO MURIAS IBIAS (Caboalles, Cagual,les, 1955)

Camarero en Tigre Juan en los años 1977 y 1978

Ángel González, *Gelín*

Hai persones na vida que te marquen ensin necesidá de tener con elles munchu tratu.

Charré con Ángel González n'ocasiones contaes. Delles vueltes, poniendo-y copes nel Paragües, el pub cenáculu de la estética y la progresía, que rexentaba l'hosteleru heterodoxu Fernando Lorenzo na guapa plaza uvieína. Calteníen ellos dos, hosteleru y poeta, una prestosa amistá que, n'ocasiones, permitíame'l contactu cola sabencia sele del home tocáu poles ales melgueres de les muses. Cuando más tarde abrí El Nido, na Ciudá Naranco, hasta allí se allegó n'un par d'ocasiones Ángel González, ocasiones nes que tiempu tuvo de garrar la guitarra y entonar dalgún boleru. Pues esi contactu, tan epidérmicu, dexó nel mio caletre un posu fondu, una güelga clara.

La primer vez que lu ví sería nel añu ochenta del sieglu pasáu, él ya era un poeta de mui reconocíu prestixu. Cuando llegaba a Uviéu siempre lu acompañaba una corte d'admiradores. Deseguía te decatabes de que yera tou un personax pol tratu fallageru que tol mundo-y daba, pero a mí, llamábame l'atención lo conteníu que siempre se mantenía, enxamás una voz un poco alta, enxamás un esparaban fuera de sitiu y eso, nun home que garraba una guitarra y canciaba boleros y rancheres, llamábame l'atención. Yera capaz de tar cantando y tocando la guitarra solu y paecer que'l centru la reunión yera otru, que lo d'él nun tenía importancia. Resaltaba muncho más el zumbíu de los moscardiones que lu arrodian, que'l homín gris y tranquilu que paradóxicamente yera la llámpara alreodeor de la que toos abellaben [...].

Viendo pasar trenes

Aquella tarde, como de costumbre, había ido a la estación del pueblo a ver pasar los trenes. Toda su vida se había sentido atraído por ellos. Conocía toda clase de convoyes y podía recitar de carrerilla todas las estaciones de una línea ferroviaria incluyendo apeaderos. Los trenes le serenaban y le daban seguridad. Pueden retrasarse, pensaba, pero siempre acaban pasando. Esto no siempre sucede en la vida. En la vida uno suele cansarse de esperar un tren que nunca llega, o que ya ha pasado.

Una vez en la estación salió al andén y se fue a sentar en un banco. Al extremo del banco había una mujer de mediana edad y aspecto vulgar. Llevaba un vestido de color verde, estampado, y apoyaba el bolso de plástico encima de las rodillas. Parecía triste. Él no se atrevía a mirarla, pero sentía muy cerca su presencia. Al cabo de unos minutos pasó el talgo, veloz y puntual como de costumbre. Fue después de que el tren hubiese desaparecido de su vista, y tras el golpe de aire y el breve remolino de polvo, cuando el hombre y la mujer se miraron por primera vez. Él le dirigió una mirada expectante, casi de súplica, y ella se la devolvió esbozando una leve sonrisa. Entonces el hombre pensó que ya había visto pasar demasiados trenes en su vida y que ya era hora de que se subiese a alguno de ellos.

Mentiras parciales

Dicen que ha muerto Ángel González.

Cuando me anunciaron el deceso, dejé de escribir y busqué un libro de poemas entre mis libros preferidos. Leí dos versos, sonreí aliviado. Mi padre me preguntó: «A cuántos mataste hoy». Yo aún sonreía, aliviado pero mustio no obstante. Le recordé: «Ya sabes que en esta novela no mato a nadie». «Qué raro. En otras matabas mucho». «Menos que la muerte». «Eso sí».

Mi padre pasó mucha hambre en la posguerra, cuando en las aldeas mineras sólo las pulgas y los piojos no la sufrían. Le falta la pierna derecha a mi padre; a los diecisiete años pisó una bomba de mano dormida entre la maleza desde la contienda civil y lo alcanzó el pasado. Por eso, por el hambre y la prótesis, teme que haya otro enfrentamiento armado que nadie gana nunca, que pierde el hombre y más aún la mujer.

«A los libros», me pedía, y luego se interesaba: «Qué aprendiste hoy». Mi padre, de mayor, sabía algo fundamental: los libros que él despreció en la adolescencia pueden dar de comer al cuerpo y al espíritu sin que uno tenga que mancharse las manos. Le muestro las mías, ensangrentadas. «Bah, sangre ficticia, chaval». Mi vocabulario contamina el suyo si le gustan mis palabras.

Hablo mucho con mi padre; le hablo de que sería maravilloso que el Dios que anhelo tuviera piedad de nosotros, de los niños siquiera; de cómo en esos paraísos que loan los poetas sólo pueden vivir los que no lo son; de cosas así. Él calla a veces. Creo que está orgulloso de no entenderme en ocasiones.

Sí, dicen que ha muerto Ángel González, pero también dicen que, cinco meses antes, murió mi padre.

Wakefield

A Miguel Galano

¿Estás ahí? La casa te ha expulsado
de nosotros, igual que un estornudo.
Si cruzara la puerta ¿dónde te encontraría?
A lo mejor estás en el jardín,
sonando como el agua. Si cerrara los ojos
¿sabré escuchar lo que no ven los ojos?
El roce del vestido, el corazón latiendo,
la intemperie.

Estás pero no estás.
Eres la parte más densa del aire cuando se hace de noche
y muevo en ti los brazos para no dar contigo,
cáscara de la casa.

Las ventanas
no conocen tu busto, y llueve, llueve.

La soledad es eso:
el hilo de la araña que va estrechando el mundo.
La puerta está cerrada como un féretro
y la luz encendida.

JOSÉ LUIS PIQUERO (Mieres, 1967)

Si ves que me hago viejo

Si ves que me hago viejo.
Y arrastro las zapatillas.
Y veo programas infantiles.
Y me olvido de quererte.
Y mancho mi pijama.
Y descuelgo el teléfono,
sin que suene demasiado.
Y pregunto por los chicos.
Y meriendo tostadas frías.
Y ceno leche caliente.
Y despierto muy temprano.
Y recuerdo a mis padres.
Y repaso mi barrio.
Y cómo te conocí.

Acuéstate y duerme tranquila.

Un corazón distinto

Amanecer cada mañana con un corazón distinto.

Y darle cuerda para que eche a andar

y ocultarle las causas

por las que se contrae y se dilata

en mitad de mi pecho.

No hablar en su presencia de las dudas

que dejó atrás la noche,

ni mencionar siquiera

las certezas que trae el día que comienza.

Amanecer cada mañana con un corazón distinto.

Y darle golpecitos que lo apliquen

en su labor de sístole y diástole

con que alarga y encoge

las sílabas del alma.

Evitar sus preguntas, sonreír cada poco,

silbar si hiciera falta y no contarle

lo descorazonado del suceso.

Amanecer cada mañana con un corazón distinto.

Y ocultarle la falta de latidos

trascendentales, el vacío arrítmico

que acecha tras la esquina y esa crónica

y fatal propensión a los ahogos.

Ocultarle, por encima de todo,

los riesgos —inminentes—

del infarto poético,

la existencia de otro

corazón —tan reciente

como el pan recién hecho—

que aguarda su momento en la tiniebla.

Amanecer cada mañana con un corazón distinto.

Otro tiempo vendrá distinto a éste.
Y alguien dirá:
Hablaste mal. Debiste haber contado
otras historias...
ÁNGEL GONZÁLEZ

Otro tiempo vendrá

Cerrar de una vez por todas aquellas bocas
y cantar la gloria de los nuestros
fue aquí y ahora empresa vana.
Las balas una a una se alojan en las mentes
son estos los discursos que ahora nos quedan
por tanto amor y tanta muerte.
La patria que ahora nos aguarda:
Llena de ira y de miedos...
Es este nuestro letal presente
inútil legado para la historia.
Desfilan a paso raudo los soldados,
los hijos de los muertos hoy nación
mañana: Cadáveres de otra guerra.
Montañas de esqueletos y de polvo
se alojan en las mentes y su memoria.
Otra idea asesina para el futuro
de un país y de sus cantos.
Ellos saben —testigos de la muerte—
quién fue: El delator, el verdugo y el héroe;
personajes anónimos ya de otros tiempos,
personajes del llanto y de la rabia: Ahora testigos inmortales
y el poema —otra vez— aquí
de un joven poeta os convoca.

RUBÉN RODRÍGUEZ (Oviedo, 1972)

El paseo

Las vacas comen los condones
que la noche dejó tirados sobre el suelo
como blancas gotas de escarcha
y los salvaslips.
No es difícil imaginar la noche.
Los coches aparcados, las luces muertas,
el vaho sobre los cristales
como en el oscuro principio de los tiempos.
Dejadme ser obscenamente correcto
y que pase mi lengua como las vacas sobre esos flujos
y amaros, ser yo vuestro único señor,
y el temblor de los muslos
y la mano clavada en la nuca
y el jadeo apremiante
los ojos bailando en sus cuencas
como sumisos planetas alrededor del astro rey.
Luego abriríais las puertas y arrojaríais
los desperdicios del amor, sobrantes migas de pan
para que yo pueda sobrevivir un día más,
y encenderíais el coche y las luces,
quizás la radio —si fuisteis lo suficientemente
estúpidos como para no oír música— y...
os marchasteis.

Desesperación

A ti desesperación que estás callada,
A ti desesperación que no me hablas,
Pero se que estás ahí,
Intentando destruirme, pero no puedes,
Los dos juntos caminamos en silencio.

Cuantos gritos sin dolor puedo sentir,
Y tú, desesperación
Que a mi mente acudes,
Golpeando sin golpear,
Intentas destrozarme
Sin poderlo lograr.

A ti desesperación me dirijo
Tal vez, un día llegarás
Para intentar ayudarme
Pero ya será tarde
Porque lograste hundirme
Y atraparme.

Mi silencio será fuerte
Para poder convencerte
Que a mi mente después
De tanto dolor envenenaste.

Paseo etílico en barco

La noche me ha abierto la vertiginosa sensualidad de sus piernas
tras invitarla a media
botella de Bourbon
y susurrarle un par de cosas de esas que tanto os gustan a todas.

Pobre tonta,
se ha mareado con el amor de las olas,
y al desplomarse, tan bella y callada,
un puñado de estrellas (parpadeantes)
se ha caído en mi vaso.

¡Es divertido ver cómo se ahogan!
Sin quejarse.
Hinchándose levemente primero por el alcohol
y flotando luego heladas
como ranas frías
como pez muerto que ha encontrado
un gusto a desierto en su boca.

¡Vaya! Tengo que tirar por la borda
el maldito whisky.
Tanto cadáver flotante
está comenzando a darme náuseas [...].

ALEJANDRA SIRVENT (Pravia, 1980)
De *Aquel amanecer*

Tentempié

Merienda todas las tardes,
pero lo mejor es el tentempié
a media mañana,
una manzana casi siempre
y un vaso de vino blanco.
Con una navaja afiladísima fabricada por sus manos
parte la manzana en cuatro
y
pela
cada
pedazo
esculpiendo la fruta del árbol plantado en su propio huerto.
La esquina del corazón salta en el trampolín de acero
al riachuelo de pellejos enroscados sobre la mesa.

He aquí un festín de bisturí:
de cada trozo siete rodajas
finas
olorosas
masticadas
con el puño sobre la mesa
con la navaja en la mano
sintiendo el árbol crecer
pensando sin prisa en manzanas
tal vez mejores
que no están aquí.

Lo que sé de Ángel González

in memoriam (Oviedo, 1925-Madrid, 2008)

Yo utilizo los libros de Ángel González como en otros tiempos se colocaban gárgolas en lo alto de los edificios, para combatir a los malos espíritus y ahuyentar los demonios. Libros que son baluartes contra el caos, porque tienen en cuenta las diversas capas de sensaciones, las formas, los detalles y las superficies de la vida, y nos proporcionan un conocimiento íntimo y profundo de la misma. Porque en Ángel González aprendes que, finalmente, no quieres a tus semejantes por sus virtudes, sino por sus defectos, y que precisamente porque no somos finitos y acabados poseemos ese margen de maniobra necesario que nos hace adaptarnos a cualquier situación. En Ángel González también tomas conciencia de que la verdadera libertad no es estar a solas, sino en compañía, para reforzar esa libertad en el otro, para sentir estímulos referenciales y de referencia; y que lo que más podemos esperar de la vida es un cierto conocimiento de uno mismo, que llega siempre demasiado tarde, una pequeña cosecha de remordimientos y, a veces, si hay suerte, un poco de ternura.

Abrir uno de sus libros es abrir una botella de tu whisky preferido, porque uno lo coge y sabe lo que va a encontrar, y lo desea y es de confianza. Hojearlo es tener claro que el único modo de seguir aprendiendo es seguir enseñando. Y que la sencillez es inapelable. Y que el mayor espectáculo del mundo no es la maldad, sino la bondad. Y que todo tiene sentido pero nada tiene intención. Y que penetrar la creación es comprender lo que tienen en común todos los objetos, sus ritmos y armonías. Y que la risa cura del fanatismo, porque no se conocen fanáticos con sentido del humor, ya que eso implica reírnos un poco de nosotros mismo. Y que hay muchos, muchos Ángel González, pero que, seguramente, todos están en *Muerte en el olvido*.

Esto es lo que sé de Ángel González.

Lo que sé con certeza.

IGNACIO DEL VALLE (Oviedo, 1971)

Cambios

Ahora salgo con chicos
más jóvenes
y me drogo mucho más.

Y ahora no me molesta
que los hombres me miren
imaginándome posible
la carne.

Me invitan a los servicios
con sus embolias seminales
y sus miserias de sábado noche.
Con caramelitos en los bolsillos.

Y todo está por hacer.
Que no termine la noche.
Que no termine esta
maldita noche.
Baila,
baila...
Que no termine esta
mentira.

Habló el cuerpo

y tembló la oquedad del espacio.
Con cautela, a cada extremo,
la solidez del cuerpo buscó la forma,
la asimetría estricta, esquiva,
su lugar preciso en la madrugada.
Y tomó aire, calló,
se escuchó todo el silencio
que cabe entre las bocas.
Tomó aliento,
aulló.
Y los poemas del cuerpo hablaron
en nudos y roces...

Calló de nuevo.

Rompió
la desolación
de la estancia
vacía.

ANA VEGA (Oviedo, 1977)

De *Breve testimonio de una mirada* (inédito)

agrios perfiles, duros meridianos,
¡áspero mundo para mis dos manos!
ÁNGEL GONZÁLEZ

Estaciones del alma

El tren viaja por túneles.

Incógnita es la luz
*(el ave, la marina en movimiento,
el paisaje que limpia
del presente las sombras)*
que brilla y desvanece.

El Alma con destino a la Ilusión
se baja en Desencanto.

El Alma con billete hacia el Progreso
se apeará en Declive.

Próximas estaciones: Multitud,
Escepticismo y Duda.

El tren avanza el pasajero huye
*(marino con el logro en cada viaje:
la conquista hacia un poco de sí mismo)*
en faro hasta el confín.

Ángeles noctívagos

Vivir adentro dejarnos seducir por la indolencia
de este arduo presente aunque nos lastime.

Mostrarnos al cielo de la noche tras derribar
los silencios de todas las habitaciones
y llenarlas de un hálito de nostalgias
y bálsamos fragantes.

Contemplar con turbación
el paso del tiempo y de las cosas
que con él se nos fueron.

Trenzar y destrenzar
alboradas y crepúsculos
melodías y congojas.

Y después en prudente silencio
encender una hoguera que fulgure
para ver como fluye y desarrolla la insólita voz
innovadora que nos eleva a la altura de nuestros sueños.

MANOLO VILLARROEL (Sotu Cangues, 1952)

De *Libro del alba*





Nota bio-bibliográfica
de Ángel González

En 1925, nace en Oviedo Ángel González. Algunos de los hechos que marcarán su infancia serán la muerte prematura de su padre y el estallido, en Asturias, de la Revolución de Octubre de 1934, en la que participa uno de sus hermanos. Poco después, en 1936, la guerra civil interrumpe sus estudios de bachillerato y supone el exilio de uno de sus hermanos varones y el asesinato del otro.

Tras completar sus estudios de bachillerato, en 1944, se le diagnostica una tuberculosis pulmonar que le obliga a guardar cama durante tres años, en Páramo del Sil. En 1949, obtiene el título de Derecho en la Universidad de Oviedo. Se traslada a Madrid para obtener el título de periodista. En 1952, publica *El maestro* (Corinto, Barcelona). En 1954, ingresa en un cuerpo de la Administración Central para el que había preparado oposiciones. Posteriormente, pide la excedencia y reside un año en Barcelona trabajando como corrector de estilo para diversas editoriales.

En 1956, aparece su primer libro de poemas, *Áspero mundo*, que había obtenido un accesit en el premio Adonais publicado por la propia editorial Adonais, en Madrid. Vuelve a ingresar en el Ministerio de Obras Públicas, siendo destinado a Madrid. Durante esta época, realiza varios viajes con motivos literarios a diferentes países de Europa, y publica la mayor parte de sus libros de poemas. En 1961, publica *Sin esperanza, con convencimiento* (Colliure, Barcelona). En 1962, *Grado Elemental* (Ruedo Ibérico, París), que fue galardonado ese mismo año con el premio Antonio Machado. En 1965, *Palabra sobre palabra* en la Colección Poesía para Todos (Madrid). Dos años más tarde, en 1967, edita *Tratado de urbanismo* (El Bardo, Barcelona). Utilizando el mismo título que el de su poemario de 1965, recoge su poesía completa en *Palabra sobre palabra* (Seix Barral, Barcelona) en 1968; este libro será reeditado posteriormente, incluyendo nuevos poemas en las últimas ediciones. Y en 1969, publica *Breves acotaciones para una biografía* (Inventarios Provisionales, Las Palmas de Gran Canaria).

En 1970, viaja a América por primera vez, a Méjico y Estados Unidos, donde da conferencias y realiza lecturas de poemas.

En 1972, publica el libro *Procedimientos narrativos* (La Isla de los Ratones, Santander). Es invitado a enseñar literatura española contemporánea en la Universidad de Nuevo Méjico, en Estados Unidos, por lo que renuncia a su puesto de funcionario. En 1973, aparece el estudio crítico *Juan Ramón Jiménez*

(Júcar, Madrid). Recibe nuevas invitaciones para enseñar en Estados Unidos, y en 1974 comienza a trabajar como profesor, con carácter permanente, en la Universidad de Nuevo Méjico.

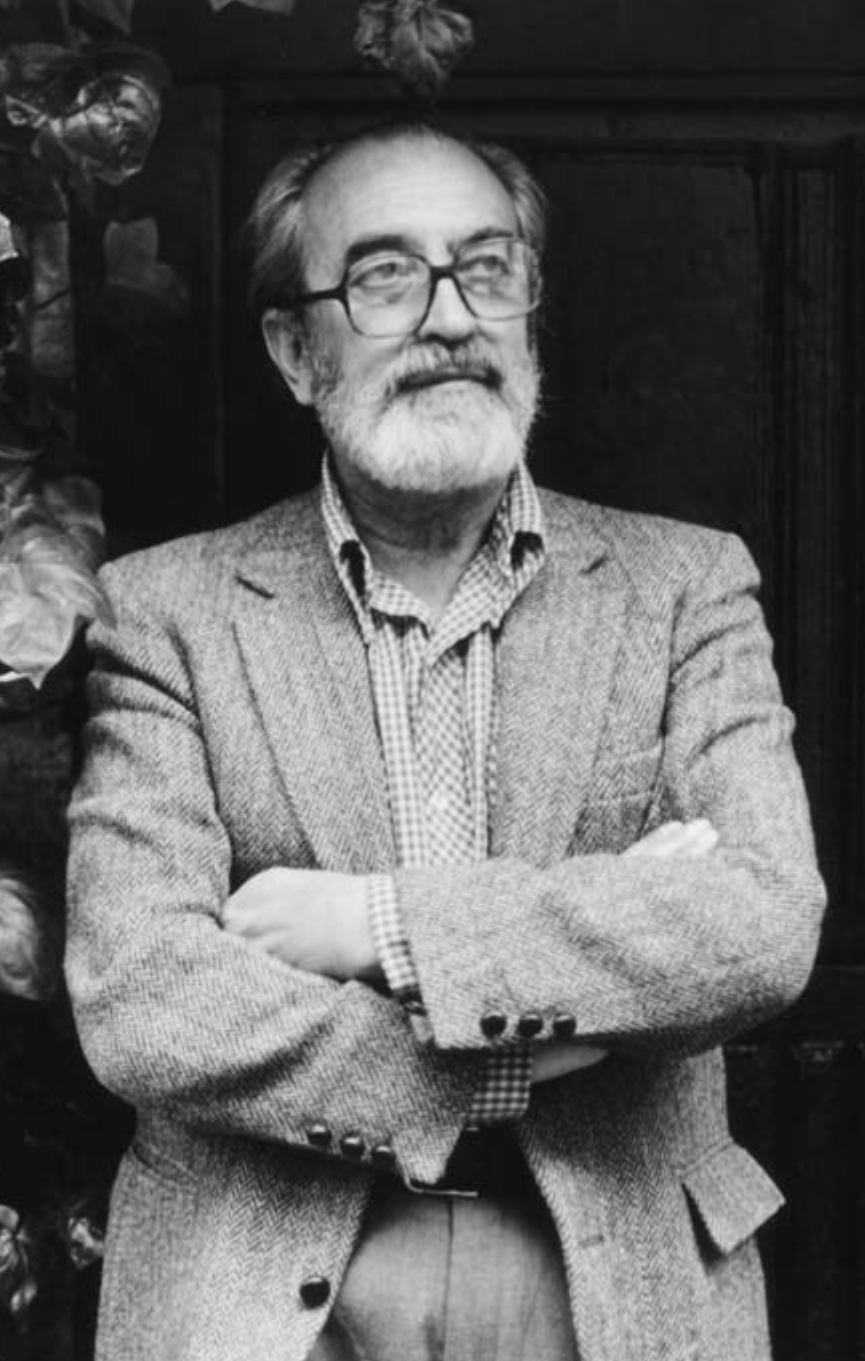
En 1976, publica su poemario *Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan*, en la Editorial Turner de Madrid, con una segunda edición aumentada y corregida en 1977. En 1979, viaja a Cuba para formar parte del jurado del Premio Casa de las Américas de Poesía. Conoce a Susana Rivera. En 1982, aparece *Aproximaciones a Antonio Machado* (Universidad Nacional Autónoma, México). *Prosemas o menos* se publica en Santander, con edición de Pablo Beltrán Heredia y carácter no venal, en 1984, y posteriormente, en 1985, aparece una versión aumentada a cargo de la Editorial Hiperión (Madrid). Este mismo año, el colectivo Luna de Abajo edita *Guía para un encuentro con Ángel González*, y el autor recibe el Premio Príncipe de Asturias de las Letras.

En 1986, publica el libro *Antonio Machado. Estudio* (Júcar, Gijón-Madrid). *Deixis en fantasma* aparece en la colección Los Cuadernos de la Librería (Hiperión, Madrid), en 1992. En 1993, se casa con Susana Rivera. El poeta se jubila como profesor de la Universidad de Nuevo México. Sigue residiendo en Estados Unidos pero las visitas a España cada vez son más reiteradas. En 1996, es nombrado miembro de la Real Academia Española y gana el Premio Reina Sofía de Poesía Hispanoamericana. En el año 2000 aparece el libro *101 + 19 = 120 poemas*, en la editorial Visor (Madrid). Un año más tarde, *Otoños y otras luces* dentro de la colección Nuevos Textos Sagrados (Tusquets, Barcelona). Por este último libro se le concede el Premio de la Crítica de Asturias.

En 2004, se le concede el Premio Internacional de Poesía Ciudad de Granada, Federico García Lorca. En el año 2005, edita el libro *La poesía y sus circunstancias* (Seix Barral, Barcelona). En 2007, la anterior editorial publica *Palabra sobre palabra: obra completa (1956-2001)*. Este mismo año, es nombrado doctor honoris causa por la Universidad de Oviedo. La Asociación de Escritores de Asturias le otorga el Premio de las Letras de Asturias.

Ángel González muere en Madrid el 12 de enero de 2008. En mayo, aparece *Nada Grave*, obra póstuma publicada en la editorial Visor.





æ

La Asociación de Escritores
de Asturias

La Asociación de Escritores de Asturias, se constituye el 25 de noviembre de 2000, siendo sus fines, según se recoge en sus estatutos fundacionales: «La promoción y difusión de la obra y de los escritores nacidos o residentes en Asturias, así como la defensa de sus derechos e intereses.»

En la actualidad el número de autores socios de pleno derecho asciende a un centenar. Estos autores son reflejo de diversas disciplinas, distintos géneros literarios, y sus obras están escritas tanto en lengua castellana como asturiana.

Para el cumplimiento de estos fines, se vienen organizando desde la creación de la entidad un conjunto muy variado de actividades y, de igual modo, se han establecido canales de colaboración con diversas instituciones y entidades de carácter público y privado.

La AEA cuenta con una Secretaría Técnica a cuyo frente se sitúa la empresa de servicios culturales ALGAMA que está encargada de las labores de administración, organización, archivo, asesoría e información general de la AEA, así como de la atención al socio.

Cabe reseñar como proyectos destacados de la AEA la organización anual de las Jornadas de Literatura, así como la convocatoria anual de los Premios de la Crítica de Asturias y del Premio de las Letras de Asturias.

› Jornadas de Literatura

Por las Jornadas de Literatura que anualmente se celebran han pasado autores como Fernando Beltrán, Pepe Monteserín, Manuel García Rubio, Fulgencio Argüelles o José Luis Piquero entre otros muchos, y debemos destacar la presencia durante estos años de escritores señeros en el panorama actual de la literatura española como Gustavo Martín Garzo, Gonzalo Moure, Javier Maqua, Fernando Marías, Luis García Montero, Ramón Buenaventura, Joan Margarit, Benjamín Prado, Félix Grande, Antonio Orejudo, Arcadi Espada, Luis Alberto de Cuenca, Luis Antonio de Villena o Javier Reverte.

A su vez, es destacable la presencia de medios de comunicación, regionales y nacionales, así como la asistencia de editores, libreros y bibliotecarios, también de ámbito regional y nacional.

Por supuesto, todas estas actividades no hubieran sido posibles sin el apoyo de la Consejería de Cultura del Principado de Asturias, Cajastur y el Ayuntamiento de Pravia.

› Premios de la Crítica de Asturias y Premio de las Letras de Asturias

Los Premios de la Crítica de Asturias, patrocinados por la Consejería de Cultura, Comunicación Social y Turismo del Principado de Asturias y por Cajastur, nacieron a la luz del Café Apolo, en el año 1999, por iniciativa de doña Eva Carballo, don Javier Lasheras, don Juan Carlos García Villa, don Jaime Herrero y don Helios Pandiella, con el ánimo de reconocer y potenciar la literatura realizada en Asturias.

En cada edición se premian los mejores libros de autores nacidos o residentes en Asturias, cuyas obras hayan sido publicadas el año anterior a la convocatoria. Las bases de la convocatoria pueden leerse en la página web de la AEA.

Durante los dos primeros años el premio fue convocado por el Café Apolo. Después se sumó a la iniciativa la Asociación de Escritores de Asturias y, finalmente, tras el cierre del Café Apolo, fue la AEA quien se hizo cargo de su organización

y convocatoria. Además, hasta el año 2005 el Café Apolo fue el escenario de las reuniones de los distintos jurados así como de las veladas literarias en donde se entregó a los ganadores la escultura *Apolo*, creada expresamente por el pintor y escritor asturiano Jaime Herrero para este galardón.

Actualmente, los Premios de la Crítica de Asturias van por su 9.^a edición y el Premio de las Letras de Asturias por su 3.^a edición.

› Localización

C/ Sanz Crespo, n.º 23, 1.º C
33207 Gijón (Asturias). España
<<http://www.escriitoresdeasturias.es>>

› Premios de la Crítica de Asturias y Premios de las Letras desde 1999

1999

—Novela: *Manila* de FÉLIX BLANCO.

2000

—Novela: *Green* de MANUEL GARCÍA RUBIO.

—Poesía: *El hombre de la calle* de FERNANDO BELTRÁN.

2001

—Novela: *Jugadores de billar* de JOSÉ AVELLO.

—Poesía: *Otoños y otras luces* de ÁNGEL GONZÁLEZ.

—Infantil y juvenil: *Yo, que maté de melancolía al pirata Francis Drake* de GONZALO MOURE.

—Columnismo literario: PEPE MONTESERÍN.

2002

—Novela en castellano: *Sangre a borbotones* de RAFAEL REIG.

—Novela en asturiano: *Pol sendeiru la nueite* de ROBERTO GONZÁLEZ QUEVEDO.

—Poesía: XOSÉ BOLADO y MARTÍN LÓPEZ-VEGA.

—Infantil y juvenil: *La mano entera* de PEPE MONTESERÍN.

—Columnismo literario: ALBERTO PIQUERO.

2003

—Novela en castellano: *El palacio azul de los ingenieros belgas* de FULGENCIO ARGÜELLES.

—Novela en asturiano: *Meditaciones nel desiertu* de XUAN BELLO.

—Poesía: *La herencia del silencio* de PELAYO FUEYO y *Sobre l'arena* de TARESA LORENCES.

—Infantil y juvenil: *El puente de los cerezos* de BLANCA ÁLVAREZ.

—Columnismo literario: RICARDO LABRA.

2004

—Novela en castellano: *Se detuvo el mundo* de PEPE MONTESERÍN.

- Novela en asturiano: *Les ruines* de XANDRU FERNÁNDEZ.
- Poesía en castellano: *Autopsia* de JOSÉ LUIS PIQUERO.
- Poesía en asturiano: *Pallabres de payaso* de MIGUEL ALLENDE.
- Infantil y juvenil en castellano: *La piedra de la culebra* de MILIO RODRÍGUEZ CUETO.
- Columnismo literario: JAVIER CUERVO.

2005

- I Premio de las Letras de Asturias: GONZALO SUÁREZ.
- Novela en castellano: *Los caballos azules* de RICARDO MENÉNDEZ SALMÓN.
- Novela en asturiano: *Carretera ensin barru* de NACIU VARILLAS.
- Poesía en castellano: *Noche* de FRANCISCO ÁLVAREZ VELASCO.
- Poesía en asturiano: *Llaberintos* de MIGUEL ROJO.
- Infantil y juvenil en castellano: *Bailaremos en el río* de CARMEN GÓMEZ OJEA.
- Infantil y juvenil en asturiano: *Ensin párpagos* de PEPE MONTESERÍN.
- Columnismo literario: FRANCISCO GARCÍA PÉREZ.

2006

- II Premio de las Letras de Asturias: MARTA PORTAL y ÁNGEL GONZÁLEZ.
- Novela en castellano: *El tiempo de los emperadores extraños* de IGNACIO DEL VALLE.
- Novela en asturiano: *La banda sonora del paraísu* de XANDRU FERNÁNDEZ.
- Poesía en castellano: *El corazón no muere* de FERNANDO BELTRÁN.
- Poesía en asturiano: *Son del tardíu* de LOURDES ÁLVAREZ.
- Infantil y juvenil en castellano: *En un bosque de hoja caduca* de GONZALO MOURE.
- Infantil y juvenil en asturiano: *Poemes de carambelu* de MARISA LÓPEZ DÍAZ.
- Texto teatral en castellano: *Travesía sobre nieve de Bagdad* de ROBERTO CORTE.

- Narrativa no ficción en castellano: *Pabellón de eternos* de FERNANDO FONSECA.
- Narrativa no ficción en asturiano: *La hereá* de XUAN SANTORI VÁZQUEZ.
- Columnismo literario en castellano: FRANCISCO ÁLVAREZ VELASCO.
- Columnismo literario en asturiano: columna titulada *Igor in memoriam* de MIGUEL ROJO.

2007

- III Premio de las Letras de Asturias: LUIS FERNÁNDEZ ROCES.
- Novela en castellano: *Mensajes de un mundo dibujado* de ANTONIO VALLE.
- Novela en asturiano: *El buscador d'hestories* de CRISTINA MUÑIZ MARTÍN.
- Poesía en castellano: *El final del cuento* de INÉS TOLEDO.
Mención especial: *La raíz de la luz* de MARÍA ANTONIA ÁLVAREZ ÁLVAREZ.
- Poesía en asturiano: *La mirada aliella* de ANTÓN GARCÍA.
- Infantil y juvenil en castellano: *Los caminos de Piedelagua* de MÓNICA RODRÍGUEZ.
- Infantil y juvenil en asturiano: *Garulla. Antoloxía del ritmu* de SEVERINO ANTUÑA y VICENTE GARCÍA OLIVA.
- Narrativa no ficción en castellano: *Satán. La otra historia de Dios* de ALFONSO FERNÁNDEZ TRESGUERRES. Mención especial: *De Büchner a Basarov* de MOISÉS MORI.
- Columnismo literario en castellano: DIEGO MEDRANO.

COLABORA

cajAstur 

© DE LOS TEXTOS sus autores
© DE ESTA EDICIÓN Asociación de Escritores de Asturias
EDITA Asociación de Escritores de Asturias
COORDINA Alejandra Sirvent

FOTOGRAFÍAS Pepe García † (cubierta y pp. 2, 19, 67 y 72-73)
Ángel González en La Felguera (Asturias), 1984 [cubierta];
cerca de la plaza del Paraguas (Oviedo), 1984 [p. 2];
en la fábrica de Duro Felguera, 1984 [p. 19]; en la plaza
Daoíz y Velarde (Oviedo) [p. 67]; en Oviedo [pp. 72-73]

ANGELGRAFÍA P. 9 Lázaro Enríquez †

DISEÑO Y COMPAGINACIÓN Pandiella y Ocio
IMPRESIÓN Gráficas Apel
D. L. 6.861/08

Palabras con Ángel se terminó de imprimir
en los talleres de Gráficas Apel en el mes
de diciembre del 2008